

aire sobre sí misma, y con un soplo que le da, la hace perder el centro. Cuando quiere, arranca, destruye y traslada los montes. En tocándolos con la mano, vomitan torbellinos de llamas y humo, y con las enormes masas que de sí despiden, se forman los valles segun el plan de este sabio arquitecto. Él dispuso la corriente de los rios, les señaló su nacimiento, y proveyó de abundante jugo á todas las producciones de la tierra, desde las plantas que nacen en los campos, hasta los cedros del Líbano; él da la vida á cuantos respiran, y vigor á toda la naturaleza.

Los profetas abundan en expresiones sublimes y magníficas acerca de la divina omnipotencia. ¡Qué majestuosa descripción no se podría formar con los rasgos de estos excelentes pintores de la Divinidad! Los serafines, dijeron ellos, cubren su trono, y le defienden con sus alas; en sus manos está el gran libro del tiempo y de la eternidad; á sus piés están postradas legiones de celestiales espíritus, que se ocupan en cantar sus alabanzas, y en ejecutar su soberana voluntad; estos enviados, mas veloces que el relámpago, ó en un abrir y cerrar de ojos, intiman su palabra sobre la tierra. Quiere mandar á los elementos? Pues comunica al fuego mas activo la frescura de los zéfiros, y toda la tierra no es mas que una gran mina que espera sus órdenes para reventar, y quedar reducida á cenizas. Con una mirada apacigua las enfurecidas ondas del Océano; con una palabra suspende ó acelera los vientos; si manda que sople el aquilon, y que con su frialdad despoje los campos, hiele los mares y abraza los desiertos; sopla el aquilon, y las nubes derraman al punto sobre la tierra la nieve, el granizo y turbiones de agua que tenia reservados en sus tesoros. La luz es su vestido, y al rededor de él están reunidos los vientos y las tempestades. Del torbellino que le rodea, se disparan sin cesar formidables saetas. Su resplandor hubiera aniquilado el cielo y la tierra, si no se hubiera cubierto de tinieblas impenetrables. Cuando despide un rayo de su gloria, las nubes desaparecen, las estrellas se eclipsan, el mar se abre, los rios se secan, toda la tierra tiembla, las columnas del cielo se mueven, y el universo se estremece y queda en silencio. Si habla, su voz es un trueno, que llena de terror el abismo, y cuyo ruido excede á los bramidos del mar irritado; ella rompe los cedros del Líbano, apaga y disipa las llamas, hace estremecer

los desiertos, precipita el granizo, y enciende el rayo. Cuando él anda, es seguido y precedido de un fuego que todo lo abraza; los torbellinos y tempestades señalan su curso, va hollando las nubes, camina sobre las alas de los vientos; las colinas se abajan y derriban por donde pasa, se pasea por el recinto del cielo, ó sobre las olas del mar, y hace que se le inclinen rendidos los que llevan el orbe. Cuando quiere descender á la tierra, se sienta sobre los querubines, esconde sus rayos, y rebaja los cielos. Cuando quiere recorrer el universo de extremo á extremo, el sol le sirve de carroza, y colocado en este hermoso astro, y cortando el aire con pasos de gigante, recorre la extension inmensa de su carrera. Si se irrita, la muerte le precede, y con el soplo de ella despuebla los reinos, y arrebató los reyes de sus tronos, como un torbellino arrebató una paja; lleva y maneja una terrible espada, dispara con su arco saetas de fuego; caen heridos sus enemigos por todas partes, los abraza su faz, y se resuelven en humo; su presencia derrite los montes; y con una mirada hace arder la tierra é introduce en los abismos un fuego mas activo.

¿Qué sois vosotros en su comparacion, monarcas de la tierra, cuya majestad se reduce á una pompa frívola, y qué son en su presencia todos los reyes y pueblos del mundo? *Lo que seria una gota de rocío respecto del Océano*, nos dice el Profeta; lo que seria en el extremo de una enorme balanza un átomo, y en el otro extremo la mole del mundo. Así es; las naciones son nada delante de él, y el universo en su presencia es como si no fuese. Ahora, hermanos míos, creéis sin duda haberos formado una excelente idea de la Divinidad. Hombre ignorante, era necesario que el Espíritu santo, para darse á entender, usase este lenguaje. ¿Cuándo podrás desprenderte de las descripciones? Ellas te seducen, y solo te presentan una falsa idea de la Divinidad. ¡O Espíritu inefable, ó Dios invisible! cualquiera imágen es un tupido velo que os encubre á mis ojos. Las mas elocuentes son las que distan mas de vuestra infinita grandeza y de la adorable simplicidad de vuestro ser. Si ellas nos admiran y sorprenden, si nos muestran en Dios un abismo de poder y de majestad; esto consiste, ó cristianos, en que no le hemos visto cara á cara. Hasta ahora se ha contentado con pintar sus atributos en la naturaleza, y con hacer brillar á nuestra vista alguna parte de su gloria. Este es el único retrato de su

grandeza que se ha dignado mostrar á los profetas. No esperemos sobre la tierra otra idea mas adecuada ó mas expresiva de sus perfecciones. Este es el tiempo de ver á Dios solamente en enigma, ó como en un espejo empañado y que contrahace las figuras. Bastan para estos dias tenebrosos las escasas luces que concede el cielo á la tierra. Prosigamos.

El hombre, como las criaturas inanimadas, está sujeto al poder de este absoluto Soberano. Cuando forma un designio, ¿quién lo podrá impedir? cuando alza el brazo para castigar, ¿quién se podrá librar de él? Sí; nuestro Dios hace cuanto quiere en el cielo, en la tierra y en los abismos. Los corazones de los reyes están en sus manos, como tambien los de sus vasallos; gobierna todo un reino como á un hombre solo. Es el árbitro de la paz y de la guerra, y arrebató el cetro de las manos de los monarcas, y lo pone, cuando le agrada, en las manos de los pastores. Si quiere humillar á un soberano, debilitar ó abatir un imperio, no hay sabiduría, talento ni prudencia que pueda resistirle. Cuando los reyes son cobardes ó temerarios en sus proyectos, cuando rehusan ó declaran la guerra, preparándose con su gobierno, su grandeza ó su decadencia, el Altísimo es el que derrama en ellos un exceso de flaqueza ó de temeridad, el temor ó la fortaleza, la sabiduría ó la indiscrecion; en una palabra, él los muda, los ciega, los extravía á su arbitrio, y expone su política á mayores caídas que las que puede dar un beodo en una noche tenebrosa. ¿Qué podría hacer contra él la liga de todos los soberanos del mundo? Con una palabra confunde sus proyectos, destruye sus empresas, reprime sus brios y los convierte á ellos en polvo. Mientras parece que reinan en la tierra, Dios es el único que rige desde el cielo las riendas del gobierno, y el que dispone la suerte de los reinos. Él es el Dios de los ejércitos, habita en Sion, desde la cumbre de este santo monte rompe sin estrépito las armas de los potentados, y apaga el fuego de la guerra. Tiene en sus manos la victoria; la prosperidad y decadencia de los imperios son un juego de su omnipotencia, y hace tan fácilmente que bale el cordero como que se alcance el mas señalado triunfo.

Naciones idólatras, ¿dónde están vuestros dioses? ¿esos dioses que alimentáis con la sangre de vuestras víctimas? Invocád á esos insensibles simulacros, que vengan á favoreceros en los peligros; postráos á los piés de esos dioses que habéis escogi-

do, invocádlos en vuestras calamidades, que os libren de ellas, si pudieren; mas ¿cómo podrán defenderos y protegeros? Su boca es muda, tienen ojos que no ven, oídos sordos, brazos sin fuerza y piés sin movimiento. *El escultor*, dice el profeta Isaías, *fué al monte á escoger la madera mas dura; con una parte de ella se calentó y coció su alimento, y con la otra parte hizo un dios, y se postró delante de su obra.* Acaso quiso emplear aquel tronco en otra cosa, ó dar otra figura á este trozo de metal ó de mármol; pero despues dijo, dios has de ser, tente derecho; yo te quiero adorar: al punto un pueblo ignorante concurrió á dirigir sus ruegos á esta vana deidad. Es una masa inmóvil, sin vigor y sin alma, á la que vienen á pedir un viaje feliz, la salud, la vida; y el necio navegante confía en esta madera, que es mas frágil que la de su bajel. Perezcan los dioses que no han hecho el cielo y la tierra; perezcan sus adoradores y los sacrílegos escultores, que los hicieron. Hombres ciegos, ¿qué podéis esperar ó temer de estas estatuas, tan incapaces de protegeros como de dañaros? El Señor, el Dios que nosotros adoramos, es el único que tiene en sus poderosas manos la suerte de todos los hombres, sin que ninguno la pueda evitar; el único que castiga ó recompensa, que enriquece ó empobrece, que aflige ó consuela, que hierde ó sana, que da la muerte ó resucita.

Lo que principalmente quisiera yo daros á entender, es el imperio que ejerce sobre los corazones, para obligaros á que os humilléis bajo su poderosa mano, y á que imploréis continuamente el socorro de su gracia. Como está el barro en las manos del alfarero, así están nuestras almas en las manos del Señor. Lo que sabiamente ha dispuesto, lo ejecuta sin que nada le pueda resistir ni contradecir; su infalible poder y la fuerza de su gracia le aseguran la ejecucion de sus designios. En sus decretos, mas que en las disposiciones de nuestras almas, es donde ve la serie de nuestros deseos, y de nuestras obras. Esto no es prever, es disponer lo venidero: su ciencia es una consecuencia necesaria de su omnipotencia. No, él no dice, este corazon en esta coyuntura tomará este ó aquel partido; mas yo le mudaré, yo le convertiré; yo quitaré ese corazon de piedra, y pondré en su lugar un corazon de carne, que sea dócil á mis órdenes soberanas; y así lo hace inmediatamente. No dice él, esta ocasion favorecerá mi designio para dominar esta

alma, estudiaré su debilidad, observaré los tiempos y los instantes, y me valdré con destreza de las circunstancias; mas yo desafiare la ocasion, y ¿quién resistirá á mi voluntad? Mi espíritu inspira en donde quiere, y cuando quiere. En cualquier tiempo que yo enviare mi palabra, no volverá ella á mí sin efecto; hará cuanto yo quisiere: y cúmplase su palabra. No dice él en fin, yo anuncio este suceso, mas yo lo dispongo. Oídle hablar por boca de su Profeta: *Yo digo al mar, tú quedarás seco; yo digo á Jerusalem, tú serás reedificada y poblada de nuevo; yo digo á las ciudades de Judá, yo repararé vuestras ruinas; yo digo al Templo, tú serás nuevamente fabricado; yo digo á Ciro, á ti confío mi rebaño; yo te he escogido para que ejecutes mis eternos designios.* Este no es estilo de un profeta, mas de un soberano, cuyas previsiones son otras tantas órdenes supremas é infalibles decretos.

Temamos, hermanos míos, que, formándonos otra idea de la presciencia de Dios, disputemos al dueño de los corazones alguna parte de su imperio. Si el concordar nuestra libertad con la eficacia de los divinos decretos, nos parece un misterio, no queramos saber acerca de esto mas que san Pablo, ni deseemos sondear el abismo de la sabiduría y ciencia de Dios. Yo soy libre: esta es una verdad que ha sabido el hombre por habérsela dicho Dios, la cual yo reconoceria, aunque quisiera cegarme á mí mismo. El Señor tiene poder absoluto sobre mi alma: esta es otra verdad demostrada por la Religion y por la razon. No se pueden impugnar estas principales verdades, sin derogar la autoridad de los sagrados Libros. Convengo en que es difícil conciliarlas; mas ¿qué importa, si las dos han sido reveladas con igual certeza? su aparente oposicion solo proviene de la oscuridad y pequeñez del ingenio humano. La accion de Dios sobre nuestras almas, para hallar creencia en mi espíritu, debe ser un misterio. Léjos de mí los humanos sistemas que me la pudieran impedir: esta falsa luz no haria mas que extraviarme, apartándome de alguno de los sagrados dogmas que he establecido. ¿Me atreveria yo á exclamar: ó claridad, ó evidencia, cuando san Pablo exclama: *ó profundidad?*

Pero qué digo? Si por una parte no comprendo cómo puedo resistir á la voluntad absoluta de mi divino dueño, ¿no veo por otra que es un señor muy absoluto, que puede hacer cuando quisiere, que se le obedezca libremente? No dudará pues decir

con el Apóstol, que *Dios obra en nosotros la obra, la voluntad y el pensamiento.* Diré con el Sabio, que *Dios se hace obedecer de las criaturas libres, disponiendo todas las cosas suavemente, y haciéndolas con eficacia.* Diré con san Agustin, que *Dios sabe sujetar á sí el libre albedrio sin destruirle.* Responderé con santo Tomas, que *pues nada resiste á la divina voluntad, todo se hace de un modo libre ó necesario, segun el divino beneplácito, y segun la naturaleza de los seres que Dios hace obrar.* Diré con cien prelados de la Iglesia, que *Dios sabe ejercer los derechos de su soberano poder, sin dañar á nuestra libertad, porque gobierna los corazones á su arbitrio, sin hacerles violencia, ó imponerles necesidad.* No buscaré con el célebre obispo de Meaux otra razon de mi libertad, que la omnipotente voluntad del soberano Motor de mi alma, el cual quiere con un mismo decreto que ella obre, y que obre libremente; el cual tambien, si no fuese obedecido en la obra y en el modo de hacerla, dejaria de hacer todo cuanto le agrada en cielos y tierra. Respetaré, y á ejemplo de una de las mas célebres escuelas católicas, adoraré la sagrada oscuridad y las grandes dificultades, ántes que parecer disminuir la soberanía de Dios y su omnipotencia. En fin, cuando no tuviese otro director que la Religion, otra luz que la razon, ni otra opinion que la de mi dependencia del Criador; yo le miraria como el autor de mis deseos y pensamientos, como el alma de mi alma, y temeria tanto ménos que la eficacia de su gracia me quitase mi libertad, cuanto creeria ser mas poderosa su voluntad, mas ocultos sus caminos, y mas impenetrables sus arcanos.

VI. La omnipotencia de Dios nos conduce naturalmente á su sabiduría, porque, hermanos míos, el primero de estos atributos sin el segundo ¿qué seria sino un atributo terrible para la humanidad y un azote para la naturaleza? El Ser soberanamente perfecto no podia tener sobre sus criaturas un poder infinito, sin que usase de ellas juntamente con una infinita sabiduría. Y ¿quién podrá, tanto en el orden moral como en el físico, desconocer esta sabiduría? Acerca del orden moral habria muchísimo que decir; y así nos bastará por ahora reconocer la sabiduría de Dios en los profundos designios que ha grabado en toda la naturaleza.

Preparáos á la disputa, filósofos orgullosos; vosotros á quienes pregunta el Señor en la persona de Job, *¿eres tú el que ha*

*dato á los animales silvestres su impetuosa inclinacion á la libertad, su hermoso plumaje al pavo real, á los huevos que abandona el avestruz, la propiedad de empollarse entre el polvo, al caballo el paso majestuoso, el terrible relincho y el ardor impaciente con que escarba la tierra, y se enfurece al oír el clarín en las batallas, al gavilán el secreto de renovar sus alas, al águila la fuerza para elevarse sobre los aires, y la vista penetrante con que descubre la presa desde las nubes? ¿Eres tú en fin el que ha dado á cada especie de animal una organizacion diversa y acomodada á su subsistencia? ¿Cuál será el hombre que, á semejanza de Job, no se pondrá el dedo en la boca, ó no exclamará como David: ¡Cuán admirables son, Señor, vuestras obras, y con cuánta sabiduría las habéis dispuesto todas!*

Mas no nos limitemos á estas primeras pruebas de una tan sábia providencia. Insensatos, que os atrevéis á blasfemarla, levantad los ojos, considerad las riquezas del firmamento, mirad al rededor y debajo de vosotros, id á las playas del Océano, penetrad las entrañas de la tierra, entrad en vosotros mismos, recorred todas las maravillas de la naturaleza, escuchadme despues, y respondédme.

¿Cómo se ha podido formar el mundo, esta obra tan magnífica y majestuosa? ¿quién ha sabido disponer este grande y poderoso resorte que mueve y gobierna los cielos? ¿quién ha podido someter los astros á movimientos tan arreglados? ¿quién ha establecido la alternativa del dia y de la noche, tan necesaria á toda la naturaleza? ¿quién ha repartido tan sabiamente las estaciones del año, que la tierra puede sucesivamente preparar las semillas, hacer abrir las flores, cubrirse de mieses y derramar los frutos? ¿quién ha colocado la tierra en tal punto del aire, de modo que no se abrasase por la proximidad al sol, ni se congelase por su distancia? ¿quién ha elevado las cumbres de los montes, para detener las nubes, y mudarlas en lluvias fértiles para los campos? ¿quién ha proporcionado tan bien las virtudes de las plantas á nuestras enfermedades y necesidades, y les ha dado una maravillosa semilla que las renovará hasta las últimas edades del mundo? ¿quién ha ahondado los mares, este abismo de agua que reúne todas las naciones con el comercio, y que convida á los dos mundos á darse las manos? ¿quién ha ideado estos grandes depósitos para la formacion de las nubes que rieguen nuestros campos, ó los refresquen con los nubla-

dos? ¿quién ha hecho soplar á los vientos, para variar las estaciones, dispersar las lluvias, y mudar en un instante el aspecto del cielo? ¿quién ha encerrado en profundas bóvedas el fuego, aquel elemento terrible que, en desenfundándose con furor, se traga las ciudades, estremece los reinos y altera los mares; mas que, reprimido comunmente dentro de los cuerpos por una mano poderosa, se exhala insensiblemente para socorrer nuestras necesidades y animar la naturaleza? ¿quién ha multiplicado sin cuento las especies de los animales? ¿quién les ha dado los medios de alimentarse, conservarse, propagarse, y un instinto tan pródigo como ingenioso en sus diferentes operaciones? ¿quién ha discurrido y formado con tan grande artificio estos cuerpos vivos y organizados de partes maravillosamente dispuestas, de las que cada una tiene su destino particular? ¿quién ha sabido en fin unir en el hombre con tan grande armonía, y someter á sus respectivas leyes dos seres tan diferentes entre sí, como son el espíritu y la materia?

Oh! todo manifiesta aquí un designio, un artificio, una sabiduría que no pueden hallarse sino en un Dios. No, la monstruosa quimera de la impiedad, conocida con el nombre de acaso, no ha podido criar este magnífico universo. Antes atribuiria yo á esta causa ciega una pintura que expresase al vivo la naturaleza, una estatua á quien pareciese haber comunicado el escultor vida y movimiento, un edificio que se tuviese por obra maestra del primor y del arte, y un libro en fin que fuese obra del estudio é ingenio.

No, Señor, no se os puede negar la gloria de haber dirigido todas las cosas á excelentes fines: la Escritura no cesa de atribuir las á vos, enseñándonos que vuestra sabiduría preside á los menores efectos, como á los mayores fenómenos de la naturaleza. *Él es, dice el real Profeta, el que alimenta todos los vivientes; para el hombre hace brotar del seno de la tierra las vides y las mieses; para dar sustento á los animales, cubre de yerba los prados, y para apagarles la sed, hace correr los arroyuelos y los rios.* Los leoncillos bramando, y los hijos de los cuervos graznando, le piden el alimento que reciben de él. Los monstruos en las profundidades del mar, y los animales sobre la tierra, todos los vivientes, grandes y pequeños, le llaman cuando tienen hambre, y él les da de comer.

Acaso, hermanos míos, no pudiendo vosotros entender los